

suet; esta cuestión, que la escuela no habia planteado en esos términos todavía, y en que era tan difícil marcar el punto preciso que separa lo verdadero de lo falso, ¿creeis que hubiera sido, no diré resuelta, pero suscitada siquiera fuera del cristianismo?

Y si hoy que la Santa Sede ha definido sobre ella, puede la filosofía, adoptando esa definicion, formular conclusiones á que ántes no habia podido llegar; y la vemos ostentar orgullosa ese fruto de sus profundas meditaciones, ¿no es el caso de aplicarle las palabras del poeta:

Miraturque novas frondes, -et non sua poma?

A la filosofía racionalista no se oculta que tales *préstamos*, á pesar de que aumentan sus riquezas, podrian hacer muy bien bajar su crédito. ¿Cómo no temer, en efecto, que se pida voluntaria y directamente al cristianismo, lo que la filosofía no proporciona sino de segunda mano? Preciso es que ella desempeñe un papel mas desembarazado é independiente. Mas en esto tropieza con otro escollo.

Para separarse del cristianismo, le es indispensable negar á veces lo que éste afirma. Héla ahí, pues, en lucha con la verdad, lucha formidable, de que no se sale nunca sin heridas. Cierto es que no se ataca sino á la verdad revelada; mas por concomitancia, vése herido y sucumbe al fin algo de la verdad racional. Esto es infalible. Y no puede ser de otra manera, porque es imposible aparecer como perfectamente racional, rehusando creer en la palabra de Dios.

Cúmplase entónces á la letra lo que proclama el Profeta-Rey: *Diminutæ sunt veritates a filiis hominum.*<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Salm. XI, 1.